

La lectura de los libros del escritor minuano constituye, pues, un doble placer: uno, el que proporciona siempre el arte de un narrador consumado; otro, el de corroborar, a través de sus páginas, que hay realmente en nuestro país, ocultos y como rezagados detrás de tantas cosas adventicias a inauténticas, y más allá de lo meramente pintoresco e indumentario, recónditos modos de sentir e intuir la vida —modos dulces y ariscos, huraños y tiernos— que son del todo nuestros. Ellos están en la vida —tan mansa generalmente y sin embargo tan profunda— de sus personajes. Muchas veces no sabemos bien en qué consiste esa peculiaridad nuestra, original y auténtica, que nos trasmite Morosoli. Pero ella está allí y se la siente intensamente. Un giro del habla viva de sus personajes, un sesgo particular de su humorismo, hasta una forma de callarse, de tocar un fondo insobornable de silencio y soledad, ante cualquiera de los grandes sucesos de su vivir diario y humilde —amor, odio, muerte, un nacimiento, el horror de un crimen— nos la hacen patente. Sentimos, entonces, que en esta pequeña orilla del mundo que es el Uruguay aún hay muchos secretos que descubrir. Es esa una tarea en la que todos, tesonera y dramáticamente, debemos esforzarnos. Morosoli es de los que con mayor veracidad lo han hecho. Debemos agradecerse.

JULIO J. CASAL

por
MANUEL DE CASTRO

La todavía cercana desaparición de un poeta de la jerarquía y larga trayectoria estética como lo fué, sin duda alguna, Julio J. Casal, demasiado ligado a nuestro afecto por la calidad de su espíritu y bondad del corazón, cualidades que constituían algo así como el aura que radiaba su persona, acaso nos inhiba, en cierto modo, para que, sin la necesaria perspectiva que aclara la solidez del juicio, justipreciemos anticipadamente la esencialidad de su obra lírica. Esta se inicia, allá por el año 1909, con su primigenio volumen "Regrest" y al que siguieron, en una producción constante y regular, reveladora de un fervor sostenido por la poesía, sus libros "Allá lejos", "Cielos y Llanuras", "Nuevos Horizontes", "Huerto Maternal", "Humildad", "56 poemas", "Arbol", "Colina de la Música", "Cuadernos de Otoño" y "Recuerdos del Cielo" su obra póstuma, que tiene la brevedad y emoción de una despedida para quienes le quisimos y admiramos.

Tan considerable labor, ha sido marginada, casi paralelamente, por algunos trabajos en prosa, no muchos, entre los que cabe mencionar, uno sobre el pintor Rafael Barradas, recogido en un volumen por Losada y también varios ensayos donde predomina más la admiración sin retaceos, que el examen y rigor exegéticos, acerca de Rosalía de Castro, Antonio Machado, Miguel Hernández, Jules Supervielle y otros poetas de su

predilección. También se le debe el fatigoso ordenamiento realizado, sin pretensiones antológicas, de nuestra abundosa lírica, en su "Exposición de la poesía uruguaya" y que divulgara la Editorial Claridad, exposición excesivamente generosa y pródiga en nombres que nunca debieron salir del anonimato, en su calidad de simples aficionados a la poesía y que la historia literaria ha relegado, con justicia, a un piadoso olvido.

No debe dejar de consignarse, bajo ningún pretexto, la persistente y heroica publicación de su revista "Alfar", iniciada en La Coruña en 1923 y continuada en Montevideo, sin desmayos ni claudicaciones, llegando hasta el número 91, el cual dejó pulcramente terminado pocos días antes de morir y que acaba de salir a luz mediante el esfuerzo de familiares y amigos, para dar testimonio de su última actividad intelectual, que la completan algunos poemas inéditos, uno de los cuales se publica, en signo de recordación y homenaje, en el presente número de LA LICORNE.

Cabe expresar, sin reticencias, que "Alfar" fué algo así como la prolongación de la obra literaria de Julio J. Casal, ya que puso siempre en tan noble y desinteresada empresa, lo mejor de sí mismo y una secreta pasión de artesanía y buen gusto, nada común. En efecto, en cada edición de su revista, reflejaba un orden sabio y estricto del material plástico y literario, alcanzando, con tenacidad ejemplar, una armónica limpidez de conjunto, desde la carátula al colofón, lo que daba a "Alfar" una fisonomía particularísima e inconfundible, dentro de las publicaciones similares de Hispano-América. La pulcritud y esmero de cada entrega, la moderna diagramación de sus páginas, la ineditez y novedad del material, luciendo permanentes viñetas de Barradas y otras finas ornamentaciones que ilustraban el texto, hacían de tal revista, una verdadera fiesta del espíritu, un objeto de recreación y goce estético, en sí misma. Contó con la asidua colaboración de destacados escritores y poetas de distintas latitudes y estuvo abierta, con amplitud y generosidad, a la literatura nacional, conservando desde luego, cierta exigencia decorosa y digna para mantener el señorío de "Alfar" que, a la postre, era el suyo propio, ya que nuestro poeta estaba realmente identificado con su publicación, gozándola y sufriendola, como padre espiritual de la misma.

Apunta Alberto Zum Felde, que la obra de Julio J. Casal alcanza su mejor y depurada culminación desde su volumen "Colina de la Música" en adelante, superando sus experiencias ultraístas (necesario, aunque no imprescindible tributo a las corrientes renovadoras de la época) y al dulce panteísmo de sus primeras producciones y adquiriendo una forma de expresión más ceñida y decantada, de la propia intimidad espiritual.

Dijimos alguna vez, que en esta última modalidad de "Cuadernos de Otoño" y "Recuerdos del Cielo", entramos en la esfera de aquella soñada poesía, donde la palabra es sostén levisimo, casi etéreo, del pensamiento y la emoción creadora, donde hasta la propia voz del poeta y su acento desterrado, adquiere una resonancia desconocida aun para quien la emite, como el canto de un niño medroso y asombrado en la oscuridad de una gruta.

Él mismo, no sólo presiente la transformación que se operaría en su lírica, sino que la anuncia, dándonos algunas felices anticipaciones en su "Colina de la Música", y cuyos ejemplos transcribo:

Pulirás el perfil de tu palabra
buscando el tono justo.

—

Te vas adelgazando, palabra
casi inasible

El oído formado
con las vibraciones
de las voces aún no nacidas.

Me va siendo difícil salir a las palabras.

El mundo poético de Julio J. Casal, tan íntimo y recatado, aparece vestido de una tenue opacidad, más aparente que real, ya que su atmósfera se corresponde, —para usar un símil pictórico— a la niebla y vaguedad "turneriana", que transfigura y da un encanto ensoñador a las cosas y donde la luz apenas se difunde, como para no poner en excesiva evidencia la escueta desnudez de la naturaleza, en su objetiva representación. Por ese mundo discurre su ternura, también vagarosa, guardando secreta identidad con el paisaje, del que apenas destaca algunos elementos: una nube, un árbol, la fuente o el mar lejano, dándonos la sensación de ser apenas entrevistos, sin contornos precisos, en su neblinosa inmaterialidad. No ya el sol, sino el recuerdo de su luz recién desvanecida, vitaliza el ámbito otoñal en que se desenvuelve su poética, de amortiguadas resonancias. Por ello, acaso su transido corazón de hombre, buscó en esa atmósfera de recogida calma y austero silencio, el signo de una paz reconfortante y delicada, henchida de nostalgias y tiernas remembranzas, ya que el Otoño es la estación que nos detiene, azorados y extáticos, ante la inminencia de nuestro propio y fatal acabamiento. Y tal vez sea, por esta última circunstancia, que afloran, con harta frecuencia, en la poesía de Julio J. Casal, tiernos y lejanos recuerdos de infancia, como si ya pisando terrenos de muerte, remotas candideces, guarecidas en los recónditos repliegues de la memoria, pugnarán por prevalecer, como tímidas y fragantes galanías del recuerdo, a través del fatigoso tránsito sobre el haz de la tierra.

Es bien marcada e insistente, esta reiteración sentimental, para que pueda pasar desapercibida a un lector atento y parece trasuntar un propósito deliberado del poeta o bien una imperiosa sollicitación anímica:

Volví a encontrarte
río de la infancia.

Muerto aún, amo la tierra. Despertando
del pecho de una muerta está mi infancia.

Y me vuelvo a sentir, dulce y pequeño
abriendo con mi llave el alma mía.

Y volver a ser niño. Aquella fuente
de mi infancia mirarla renaciendo.

También son frecuentes las alusiones al sentimiento amoroso, como expresión de una profunda y delicada ternura, que se irradia más allá del objeto amado, presente y ausente en cada invocación, siempre florando en un vaho de ligereza y vaguedad. La imagen del Amor soñado o presentido, es sólo visible a los ojos del espíritu, a través de finas veladuras y analogías sentimentales o en la leve concreción de un gesto, un ademán o una sonrisa, humanizando el paisaje de herrumbrosos tonos, muy de acuerdo, por otra parte, con la tónica de sus poemas, de asordínados arpegios.

Si "la mejor musa es la de carne y hueso", al decir de Rubén Darío, no lo es para muchos poetas, que prefieren, al menos para sus versos, a cierto tipo de amada inconsútil, casi ingravida, proyectándose más allá del tiempo y la distancia, como personificaciones ideales, unguadas de lejanía y misterio, a la manera de Olalume o Ligeia, que exaltara Edgar Allan Poe.

Lo cierto, lo indudable, es que su vagarosa presencia —no por ello menos viva— se acusa en la poesía de Julio J. Casal, levemente concretada en un rasgo espiritual, en una actitud plástica y evocadora o en el simple recuerdo de su voz, transfigurada en goce contemplativo y fundida al ámbito general del poema, pero acentuando aquí y allá su prevalencia humana, en zonas de encantamiento amoroso y extático. La eclosión sentimental del poeta adquiere esta forma, de persuasiva intimidad y tierno baluceo, como si en su recato y unción casi mística hacia la mujer idealizada, quisiese sostenerla más allá de sí misma, tangida en sueños, nunca retenida, perfecta imagen de lo inalcanzable. Basta rastrear su transfigurada presencia en algunos poemas de "Cuadernos de Otoño" y "Recuerdos del Cielo", para probar la autenticidad de lo que dejamos expresado. De esta manera, tal imagen constantemente invocada y evocada por el poeta, en conmovido acento "debe ser viva a fuerza de soñada", como dijera, en rotundo verso, nuestra Delmira Agustini.

Vayan varios ejemplos:

No es la niebla.
Es tu niebla
que anda por la tarde.
He soltado tus ojos
en la luz.

—

De juncos amarillos el paisaje
te había cubierto.
Yo te oía
y no estabas.
No te dejaba ver el Otoño.

—

Tu frente se borraba
en la niebla de la tarde
y un temblor de dulzura
en el viento me venía.

—

Te ajusta tanto el mundo,
que apenas se te ve.

Te alejas de mi sueño
ya crecida para andar sola.

Pero es en el poema número XV, de "Cuadernos de Otoño", donde se transparenta, con mayor claridad, la verdadera naturaleza de su amor espiritualizado y transfundiéndose en el paisaje, como si formara parte del mismo.

Andas sin rostro por mi sueño.
Así puedo mirarte cómo eres.
Vas, paloma sin alas, por mi aire.
Tu perfil diluido te hace exacta.

Podrían multiplicarse los ejemplos, por su reiterada insistencia y que forman casi un "leit motiv" en la mayoría de sus cantos otoñales, con veladuras de encantamiento, brumosas lejanías, arboledas de seda y un mar, apenas entrevisto, humanizado por la presencia del Amor, cuyo deleite para el poeta, es apenas una dádiva frugal y distraída, conmoviendo el estremecido ámbito de sus poemas.

Pero alternando con este sentimiento, se advierte, en sus últimas obras, como un oscuro presagio, el temor y certeza de la muerte. Y aquí cabe consignar la profunda reflexión de Vaz Ferreira, cuando dice: "Hay un arte de pre-muerte; un arte que sólo se hace cuando se tiene la vida un poco llena de muerte". ¿Estaba el poeta en este caso? Toda conciencia de hombre, lúcida y trabajada, lo está en mayor o menor grado, y más tratándose de un lírico, cuyo espíritu agudamente sensible y alerta, parece percibir con doble angustia, la socavada labor del minuto que pasa y los filamentos de luz que nos llegan desde los astros ya muertos. Pero en Julio J. Casal, el sentimiento de la muerte, que lleva implícito la idea del tiempo, no se consigna de una manera directa, sino que su enunciación, al igual que con el Amor, se reviste de veladas alusiones, interpoladas con justeza y hondo sentido, en el discurrir del poema y siempre en un tono de arábica dulzura y resignada conformidad, actitud que participa, por otra parte, de la tónica permanente de su lírica, de raíz intimista y confidencial.

Tal sentimiento, así expresado, es un elemento más —y no decorativo por cierto— ensamblado con el de la infancia perdida y constantemente evocada y también con el del Amor, en su acepción más pura, y cuyos destellos perviven ante el fatal desmoronamiento de las cosas, por aquello de Horacio: "Deemur morti, no mos traque". (Estamos destinados a la muerte nosotros y cuanto nos pertenece").

Aquel profundo sentir, pues, forma parte de la atmósfera espiritual de muchos poemas del autor de "Recuerdos del Cielo", sin prevalecer demasiado, ni llegar a lo

funerario, pero bien latente en sus figuraciones líricas y emotivas. La frecuencia con que lo concita, nos hace ver, a las claras, que era un sentimiento muy arraigado en él, acaso desde cuando, con la madurez del hombre, vino la del canto, como corresponde a una conciencia sensible y delicada como la suya.

No era, como falsamente podría colegirse, un poeta metafísico, ya que no hizo de la abstracción su módulo expresivo, sino que llevaba dentro de sí, imbuído de íntima congoja, aquel sentimiento cardinal, que aflora a cada instante en su obra poética, dando un toque de atención, no con estridencias verbales que desnaturalizarían su propia sinceridad, sino con una modulación más limpia y humana, y en un medio tono de quejumbre y resignación.

Yo no quería estar muerto en la tierra.

No hay que salir del sueño.
todas las cosas pequeñas han muerto.

Puesto que hay que morir,
no me des tierra
ni cielo.
Derramadme en el aire.

Humo y ceniza en el espejo, donde
asomaba su tránsito el enigma.
¿Dónde has quedado limonar lejano,
abril de la memoria mía?

Y en la invisible muerte de cada día
puso su luz dorada.

Haz de mi muerte lluvia. Échala al campo.

Dulzura de esta muerte
que no me alcanza nunca
y es río familiar
que corre por mis sienas.

Y aquí cabe establecer, como detalle estrictamente personal, pero que abona cuanto vengo diciendo sobre su persistencia temática, en lo que se refiere a la muerte, el indisoluble y cálido entusiasmo, que le despertara el intenso libro del poeta chileno que fuera nuestro huésped, Julio Barrenechea, y cuyo sólo título de "Diario Morir" basta para

signar su contenido espiritual. Encontraba en él, una misma vibración, idénticas analogías temperamentales y similar clima lírico al que se sentía íntimamente ligado en las postrimerías de su vida, cuando "ya el alma había hecho sus vendimias", según la expresión de Baudelaire.

Tal concordancia espiritual, le aparejó una de las emociones más hondas y puras, algo así como un regusto de su propia poesía al verla reflejada en un sentir simultáneo, aunque fueran disímiles sus medios expresivos, lo que asegura la auténtica originalidad de cada uno. Y por extraña paradoja, fué precisamente Julio Barrenechea, quien lo despidiera, en emocionante y breve discurso en el Cementerio, en un día de lluvia, tal como lo soñara el poeta:

Haz de mi muerte lluvia. Y échala al campo.

DOS SONETOS

por
JULIO J. CASAL

I

Vengo desde mi sombra para verte.
Traigo la niebla de mi llanto puro.
Se me hace el día, de tan triste, oscuro.
Abierta está mi lámpara a la muerte.

Tú en la colina de secreta suerte
separada de mí por verde muro.
Yo con mi paso voy, lento, inseguro,
sabiendo que al hallarte, he de perderte.

En mi pecho tu rostro. Sólo siento
tu solitaria nieve de paloma
y es todo claridad, lumbre y aroma.

No en el dolor, sino en tu voz me guío
y la lejana lluvia de tu acento,
me lleva a un cielo, para siempre mío.

II

De tu piedad, olivo verde, el prado
iba surgiendo bajo la colmena
azul del aire. Su radiante vena
del río, iba ceñida a tu costado.

Rostro distante, lento y apagado
en soledad de luna y azucena,
dándole al corazón, blanca faena.
Tierno ejercicio por lo bien amado

No sé qué olor a lluvia y a distancia,
en gris de otoño, tu recuerdo alumbra
y asciendo a tu trasmundo para verte.

Me da otra vez tu rostro, su fragancia
derramando tu amor en mi penumbra
y anda viviendo en mí, desde la muerte.